

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 13 Enero 1916.

Número 2.

Piropos póstumos

Y exclamará la culta clerigalla
al saber mi completo finiquito:
«¡Gracias á Dios que ha muerto ese maldito!
¡Por fin ha reventado ese canalla!
El eco vil de la social morralla,
con hiel, vinagre, pus y lodo escrito,
blasfemo hasta tocar en lo inaudito,
El Motín infernal, por siempre calla.
Infamemos su nombre y su memoria,
démosle de bandido ejecutoria,
y no le escatimemos maldiciones».
Y al oír tales piropos en mi tumba,
echaréme á buscar en son de zumba
un apropiado consonante en ones.

José Nakens

A mis lectores

Hace un par de meses que no sale *EL MOTÍN* á mi gusto.

Las dolencias que en ese tiempo he sufrido (merecidas, según los clericales, por mi recalcitrante impiedad, pero que yo atribuyo al desgaste natural de los años y á lo mucho que he trabajado) me impidieron ocuparme del periódico todo lo que hubiera deseado.

Hoy, que me hallo otra vez en disposición de *currelar* de firme hasta que llegue la hora en que me hagan la operación definitiva en el ojo derecho, dedicaré todo mi tiempo á *EL MOTÍN*.

Como es mi deber y mi deseo.

Rectificación de conducta

Desde que lancé la idea de que las provincias se organizaran autónomamente, y vi que no fué acogida, he

hablado poco de política republicana. Y hasta he pensado no volver á ocuparme de ella mientras el partido, mejor dicho, las fracciones, *no cambien de derrotero*; así podría aplicar á la labor anticlerical todo el tiempo, el esfuerzo y la inteligencia de que en *EL MOTÍN* se dispone.

(Perdónese me la exageración en que incurro al dar á entender que en estos momentos hay política republicana. Andalúz al fin y al cabo.)

Que yo he tenido razón al procurar que fuésemos por otro camino, á gritos lo pregonaba la deplorable situación en que nos vemos, y que se agravará de día en día, si el amor al ideal no viene pronto á darnos las salvadoras energías que necesitamos para trabajar eficazmente por la venida de la República.

No esas energías electorales de que estos días hemos vuelto á dar gallardas muestras otra vez, y que se amortiguarán, como de costumbre, en cuanto se proclamen los diputados vencedores en la próxima contienda; sino las otras, las permanentes y efí-

caces, que no abaten las derrotas ni desvanecen los triunfos, ni aminoran los sacrificios.

—
¿Que cómo, habiendo pensado lo que antes digo, hablo hoy de política republicana? Por dar á conocer varios párrafos de un discurso pronunciado por Lerroux en la Casa del Pueblo de Barcelona, arrepintiéndose de la política que ha seguido de unos años acá, y ofreciendo volver á aquella que abandonó; párrafos que vienen en sustancia á reconocer que yo tuve razón sobrada para dirigirle en 1911 aquel artículo que tanto censuraron sus partidarios.

Los párrafos á que aludo son estos:

Con el reparto de las varas se ha constituido el Ayuntamiento políticamente; pero para que la opinión no se desoriente, debo decir que en el bienio pasado sólo tuvimos una, y, no obstante, no se hundieron las esferas, y es que las varas, en manos de los cobardes, en manos de los rufianes, son palos; en manos de los arrieros son látigos, y sólo son bastones en manos de los caballeros, que no son precisamente quienes las empuñan ahora. (*Grandes aplausos.*)

Y yo que no injurio sin razón, voy á decir el por qué de mis palabras. No son caballeros quienes empuñan las varas porque se las deben al «barberillo»; aceptando su voto, se han puesto á su nivel, deshonrándose individual, social y políticamente. (*Ovación.*)

Quien pacta con el «barberillo», á su nivel se rebaja, y quien por su voto se diga teniente de alcalde, es tan indigno como el «barberillo». (*Más aplausos.*)

¿Que la cuestión es triunfar? Mientras haya mercancía que se venda, nosotros andaremos á la compra; pero hay mercancía que no puede comprarse porque huele mal. Si un amigo mío tuviera la vara por el voto decisivo del «barberillo», consideraría á ese amigo indigno de mí y del partido. (*Ovación.*)

Nosotros, aunque tuviésemos un voto de mayoría, no habríamos hecho lo que han hecho nuestros adversarios, los cuales han obtenido su fuerza por intrigas y por dinero, entendedlo bien, por dinero. (*Grandes y prolongadas rumores de aprobación.*)

Todo aquello de las zonas neutrales, de las manifestaciones en 1ª calle, de la Mancomunidad, de la Exposición, todo ha sido una farsa, y cuando ha llegado la hora de esgrimir el puñal de Duguesclin para asesinarlos...

(La estruendosa ovación que estalla no deja entender el final de la frase del orador).

Los regionalistas no son un partido político, son una cuadrilla de bandidos. (*Gran entusiasmo.*)

Que no sea sólo el entusiasmo, sino la

razón, que ilumine mis palabras. Lo probaré.

Los regionalistas han llevado al Ayuntamiento a un tal Rivalta, que no es nacionalista, que se ofreció al Partido Radical, y que ahora se dice lliguero, con la condición de que lo lleven a las obras del puerto, para así poder ensanchar su establecimiento de baños. Partido que transige con eso, no es un partido de hombres honrados.

Los regionalistas han atacado al favoritismo, al compadrazgo y al nepotismo, y Abadal sale del Ayuntamiento teniendo un pasante en la Diputación y otro pasante, un sobrino y un futuro yerno en el Municipio; que aprendan del Partido Radical, que muchas veces á sacrificado intereses legítimos, para que no fuese tachado de compadrazgo.

Los regionalistas no tienen diputados provinciales ni en Lérida ni en Tarragona, y sólo siete ú ocho en Gerona, y, no obstante, gobiernan la Mancomunidad, que han creado para lista civil de sus hambrientos. Y es que hay unos diputados sin vergüenza que se llaman liberales y unos sinvergüenzas diputados que se llaman conservadores, que no son conservadores ni liberales, sino la alfombra sobre la cual escupe cuando tose y pisa cuando pasea Prat de la Riba, que con sus sueldos, sus canongías y sus sinecuras ha logrado comprar las conciencias, como esa del presidente de la Diputación de Lérida, parte integrante de la Mancomunidad de los sinvergüenzas. (*Delirante ovación.*)

Los regionalistas corrompen las conciencias, y haciéndolo á quien lo hacen, puede decirse que corrompen á menores. Un partido que se comporte así, no es partido, es una cuadrilla de bandidos.

¿Queréis más pruebas? Cambó, cuando la semana trágica, fué el autor moral del «delateu»; antes lo fué del «matad á Lerroux».

Se arrastraba á los pies de Maura y de Cierva, y cuando éstos ya eran muertos, tan muertos que hasta a mí me daba pena clavarles mis dardos, acometió á su cómplice, más, á su consorte, y Cierva lo descubrió que había sido uno de los policías y uno de los confidentes de aquellas jornadas gloriosas. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Cambó trata á los hombres como las cocineras tratan á los limones; porque Cambó, de acuerdo conmigo, visitó á Dato para hablarle de asuntos del Municipio,—que ya veremos cómo dejan su hacienda los señores regionalistas—y en el Sr. Dato encontró atenciones, pesetas y benevolencias. Pues, bien; cuando cayó el Gobierno, Cambó pronunció su discurso, cuya primera parte es un padrón de ignominia desprendida de su propia frente. En él se ensaña, hasta la injusticia, y aquel que prometía desde el Tibidabo entrar en el Congreso como Atila, entraba luego en la Cámara como un borrego. Cambó dirige un partido de bandidos. (*Delirante ovación.*)

Cambó, que ha tolerado lo ocurrido en el Ayuntamiento, no tiene derecho á mis consideraciones; yo, que durante siete años, he hecho política de ramo de oliva, declaro que ha llegado la hora de tirar el ramo. (El entusiasmo de la multitud llega al paroxismo, y formidables aplausos y vivas á Lerroux subrayan las palabras del orador.)

Y para eso os he convocado, para decir que hemos de desenfundar las viejas

armas, ociosas en sus vainas y que van á cambiar de vaina. (*Risas.*)

Que renazcan los días gloriosos de 1906, de 1907, de 1908; ayer me reuní con nuestros concejales; comparecieron también nuestros aliados.

Allí se acordó la conducta futura; quien no se vea capaz de seguir adelante, que lo diga antes.

Algún tiempo, por el miedo á perder votos, podíamos callar; pero hoy las manos están libres. (*Nueva y delirante ovación.*)

Entre la realización de un acto que no esté bien y mi excomunión no mediará un segundo; son 21 los concejales; prefiero cuatro, pero disciplinados.

Hay adversarios y enemigos; á éstos tenemos que tratarlos á salivazos. A la lucha; no hay transigencia; ó ellos vencedores ó vencedores nosotros. En cuanto á mí, por la responsabilidad que me compete, debo decir: son muy respetables los problemas económicos, pero por encima de ellos están los ideales.

No habrá zonas neutrales, ni Exposición, ni nada, mientras no depongan su intransigencia. Que nos reconozcan nuestra mayoría en todas las Comisiones y hablaremos. Ellos han reconocido que es necesario el Concurso del Partido Radical, pues éste, no lo dará, y yo puedo algo, y así como salvé del naufragio el proyecto de zonas neutrales, puedo hacer que se venga á pique ó que se quede en pique. (*Grandes aplausos.*)

No estamos dispuestos á que la burguesía tenga por órgano político á la Lliga; respetamos los intereses legítimos; pero si se amparan en la Lliga, iremos contra ellos, y como en definitiva todo se resuelve en la calle, los amos de la calle somos nosotros. (*Gran ovación.*)

¿Seré solo? (Voces: No, no.)

Decid fuera de aquí lo que aquí se ha dicho. ¿Quieren guerra? ¡Pues á la guerra!»

Después de leer esos párrafos, ningún radical desapasionado dejará de reconocer lo injustos que fueron conmigo en 1911 todos los que hoy aplauden á su jefe por haber anunciado que volverá á hacer la política que abandonó.

¡Oh Tiempo! Tú reparas injusticias y das gusto á todos!

JOSÉ NAKENS

Desenmascarando hipócritas

Sobre el Vicario general de la diócesis de Madrid, D. Juan Aguilar, se ha lanzado furiosa la chusma clerical, á pretexto de una carta particular que escribió á Castrovido, y que éste creyó destinada á la publicidad.

Convencidos aquí de que le atacaban por la ojeriza que le tenían desde que supieron que á él se debió el que yo no saliese desterrado de Madrid, pedile á Pey Ordeix que les diese un recorrido con la maestría que acostumbra á tratar los asuntos de Iglesia. Hízolo, pero al leer su trabajo en pruebas, pensamos que pudiera perjudicarle al Sr. Aguilar nuestra inter-

vención, puesto que *El Correo Español* daba por terminado el asunto, y por consiguiente, acordamos no publicarlo.

Pero hete aquí que se viene después *El Siglo Futuro* con un ataque de neo, es decir, insidioso y venenoso, y ante este exabrupto, hemos resuelto publicar el trabajo en este número, para desenmascarar á esos hipócritas que se parapetan tras la religión para satisfacer sus odios y sus malas pasiones.

Y allá va el trabajo:

Un caso de fariseísmo

LA CAUSA

Los lectores recordarán que, cuando el Sr. Aguilar visitó con sus escritos la redacción de *El Motin*, sin gesto agresivo ni insolente, según era costumbre inveterada de la gente oficial del catolicismo español, hicimos augurio de la irritación que produciría tal novedad en el campo jesuítico, cultivador del espíritu inquisitorial, y que profesa el amor á la religión, más que con actos positivos y directos, practicando el odio á sus enemigos.

Por no azuzar los instintos feroces de esa perversidad religiosa, consciente en unos é inconsciente en otros, nos abstuvimos de hacer comentarios á los escritos del señor Aguilar, y nos limitamos á señalar el hecho, exótico en España, de ver departir cortésmente en la vida social, á una autoridad eclesiástica y al pontífice de la irreligión, hasta entonces considerados incompatibles.

El hecho, decíamos, es la proclamación de una nueva era católica en España; la derogación implícita del catolicismo oficial introducido en el siglo xv; la restauración de aquella antigua tolerancia española que levantaba sinagogas entre la mezquita y la parroquia; el licenciamiento, en fin, de los inquisidores, fiscales, verdugos, corchetes, soplones, receptores, espías y familiares del Santo Oficio, y por ende, la caducación del jesuitismo.

Porque, en los estudios históricos, esto aparece y esto se descubre, á saber: que el jesuitismo dentro de la Iglesia, fué el monopolizador de la Inquisición, colegio y escuela máxima de delatores invisibles y sindicato de receptores y tesoreros, dejando los oficios intermedios á pobres diablitos profanos y á desarrapados aventureros, constituyendo así la Inquisición en dos formas: la secreta (el jesuitismo) y la pública (los titulares del Santo Oficio).

Los escritos del Sr. Aguilar, de aceptarlos tales cuales sonaban al oído y sin buscar en ellos segundas intenciones inverosímiles en la seriedad y nobleza de la persona del vica-

rio, esos escritos, proclaman como ortodoxo, como puramente católico, un espíritu nuevo de tolerancia. Y aun cuando su objeto era visiblemente hacer simpática la idea religiosa á las conciencias irreligiosas y descargar á la Iglesia del antipático y odioso ropón inquisitorial, que confirma en el odio y aversión del sentimiento á quienes se hallan alejados de la Iglesia por razón de las ideas; aun cuando este objeto é intención contrariaba la misión que se tiene impuesta El Motín en orden á las doctrinas, los escritos aquéllos fueron acogidos con todo respeto. Fueron comentados con el silencio en sus alcances radicales y sólo nos permitimos señalar su alcance social y político; la reprobación implícita del espíritu jesuítico, considerado por muchos, desde su aparición, como espúreo en la Iglesia y cáncer del catolicismo y de España.

Claramente hicimos notar el temor de la venganza jesuítica, y más, cuando esas teorías de Aguilar iban selladas en la práctica por el perdón del destierro del Sr. Nakens, perdón que fué indirecta y acremente reprobado por los católicos de alma inquisitorial.

EL PRETEXTU

A la sazón, los diarios jesuíticos guardaron silencio. En su expectativa podía ver el experto una postura de agachamiento, en espera de ocasión propicia para saltar como lobos sobre la persona del Sr. Aguilar: conducta habitual y característica del jesuitismo, muy ejercitado en la caza nocturna y en las prácticas de acecho.

Esta ocasión ha venido antes de lo que creíamos. Ha sido una carta particular del Dr. Aguilar al Sr. Casaróvido, publicada en *El País* del 29 de Diciembre, en la cual el vicario se lamentaba de los escritos en que varios autores sosteníamos la incompatibilidad absoluta, en España, entre el republicanismo y el catolicismo históricos, por ser tal catolicismo, la antítesis de la tesis republicana nacional, y por ser el programa republicano la antítesis del catolicismo este, en quien apenas queda asomo de religiosidad, y todo pasa á ser una secta política con máscara de piedad religiosa.

Negaba el Sr. Aguilar la incompatibilidad, entre la sustancialidad católica y la sustancialidad republicana, permitiéndose señalar hechos que, á su juicio lo confirmaban, entre éstos el de haber habido en el clero individuos como Muñoz Torrero, que habían laborado por la causa de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, en nombre del cristianismo. Y en su virtud, exhortaba al pueblo republicano á no mirar con prejuicio de animadversión al clero.

Quien lea y relea la carta del señor Aguilar, verá en ella un exaltado amor á la religión, á la Iglesia y al clero, cuya predicación intentaba ha-

cer á los republicanos gentiles. No puede verse más, ni puede verse menos en la intención de Aguilar. Quien cercene ó añada, habrá de hacerlo á expensas de su propio crédito y con quebranto de su honorabilidad. Un católico sincero, habría celebrado la osadía del vicario, que abría una especie de misión entre los paganos españoles, con habilidad para cubrir sus doctrinas religiosas con formas inofensivas para los incrédulos; así como habría aplaudido la tolerancia de un diario «enemigo de la Iglesia», al admitir en sus páginas tales doctrinas, así fuese para discutir las.

Pero el jesuitismo acechador estaba impaciente, y creyó llegada su hora, y cayó sobre el Dr. Aguilar con precipitada furia y con implacable arrebato.

Por medio de sus zorros *Correo Español* y *Siglo Futuro*, este sobre todo, puso el grito en el cielo y en alboroto el gallinero clerical, clamando ¡escándalo!, ¡escándalo!, sin darse cuenta de que el mayor escándalo que podía darse á los fieles era este precipitado, obcecado y despiadado ataque á una autoridad jerárquica, á quien asaltan, sin orden de la autoridad que dicen acatar; sin conocimiento de la jerarquía que dicen defender; con irreverencia á la persona del que ellos llaman sacerdote ejemplar, y que todos veneran como hombre probo y espíritu recto; con quebranto de la disciplina que ostentan como ordenanza suya y con trastorno del orden de que fingen ser defensores.

El jesuitismo ha realizado su voto. Aquel voto de meses atrás. Ha vendido con este pretexto la ofensa que recibió con aquella desautorización de antes y ha reafirmado su dogma: «entre el creyente y el incrédulo no cabe más lazo que el del odio y el del patíbulo; si un Vicario General intenta lo contrario, perdonando á Nakens, será ejecutado con Nakens en el mismo garrote». Esta es la causa; lo demás es pretexto.

LA SECTA SOBRE LA IGLESIA

Este caso de anarquía católica, sería delicioso para El Motín si no estuviese interesado por razón de justicia y de consideración personal hacia el Sr. Aguilar. Que de un acto de delicadeza hacia el Sr. Nakens se toma pie para sacrificarle, es cosa recia de sufrir é imposible de pasar sin advertencia y sin corrección.

Y este correctivo va á ser el planteamiento del problema, de si el catolicismo en España está compuesto única y exclusivamente por esas sectas llamadas integrista y carlista, fomentadoras de todo odio, incapaces de toda educación, en absoluto refractarias á la cortesía y civismo. Que hacen bandera de *El liberalismo es pecado y los liberales son imitadores*

de *Lucifer*, cifrando ahí toda su religión y utilizando esos lemas para insultar á las nueve décimas partes de los católicos, para engreirse hipócritamente, para presumir de puros y de íntegros y aun para insolentarse hoy contra el Vicario General, mañana contra el obispo, pasado mañana contra el Papa. Secta de rebeldes aparentemente sumisos; de rabiosos despechados disimulados de celosos sin freno: sin rey ni roque; ora legitimistas para insubordinarse contra el Papa; ora papiseros para insolentarse contra el rey; defensores del honor clerical para deshonorar á los seglares; laicistas dogmáticos para deshonorar clérigos; presbiterianos para conspirar contra los obispos; episcopalistas para acribillar presbíteros; clericales para desacreditar al Estado ó tradicionalistas para resistir á la Iglesia; patriotas de ocasión para separarse del catolicismo universal, y católicos para esceptuarse de los deberes patrios; anarquistas á la vez que déspotas; impíos á la vez que piadosos; que ostentan en la fachada el Corazón de Jesús y anidan debajo de él el corazón de Torquemada; jesuitas, en fin, en quienes no se sabe si Dios es el Diablo ó si el Diablo es Dios, y de quienes no se puede averiguar si engañan á Dios ó al Diablo ó á ambos á la vez; secta, en una palabra, sin programa conocido, sin conocida finalidad, perturbadora, bullanguera, estéril para todo bien, carcoma de la conciencia y afrenta de la nación.

¿Es este el catolicismo español? ¿Es este el que se halla impuesto en la Iglesia?

Ahora lo veremos. En el arroyo público de su Prensa yace herida una autoridad eclesiástica.

Si la autoridad superior no procede á calificar y castigar el hecho, la secta habrá triunfado. *Magis et minus non mutant speciem*. Según han atacado á un provisor, pueden atacar á un obispo, á un cardenal y al Papa. Para los sectarios, no habrá más autoridad que la suya. La jerarquía habrá muerto á manos de la anarquía.

Cisma en puerta

Más que con sorpresa, con espanto leí en *El País* del día 29 de Diciembre una carta del Dr. Aguilar al señor Castrovido, en que se afirmaba la compatibilidad entre «la más pura ortodoxia» y la «revolución francesa», especialmente con aquel símbolo del evangelio moderno, llamado Código Fundamental de los Derechos del Hombre.

¿Qué va á pasar aquí,---díjeme---en este país de fariseos gobernadores de pusilánimes; de redomados hipócritas escépticos, conductores de fanáticos idiotas; de católicos analfabetos en

religión; de amentes en lógica y de abúlicos en ética; aquí, en España, emporio del jesuitismo, en cuyo men- guado cerebro no cabe el discernir entre religión y cristianismo, entre cris- tianismo y catolicismo, entre catoli- cismo é Iglesia, entre iglesia y clero, entre clero y clericalismo; aquí don- de se ha perdido la brújula de la sín- dresis; destierro de la buena fe y lealtad, donde todo se echa á barato y á risa chavacana; aquí, en fin, don- de apenas habrá quien sepa leer debi- damente la carta de Aguilar, por ser, el lector, ciego del ojo filosófico?

Porque la carta aquélla era un que- jido de alma dolorida soltado ante el público aclamador de toreros, reidor de payasadas y celebrador de pirue- tas. Era la protesta enojada de un es- píritu culto y delicado, surgido en el seno de la Iglesia, incapaz de conce- bir una religión fuera de aquella deli- cadeza espiritual; incapaz de admitir una escuela insincera que tenga por principio el prejuicio, por lema la con- veniencia y por procedimiento el ar- tificio de la argucia ó de la chocarre- ría. Era una carta trágica, expansión de un alma en pena, que se sentía las- timada de ver á «su religión» pros- cripta de una gran parte de las con- ciencias españolas por acusársela de incompatible con la democracia y con la república.

Y desde la cumbre espiritual de su concepción religiosa del catolicismo, exclama:

—Sí; los republicanos podéis ser cató- licos. Podéis serlo los devotos de aquella doctrina sustancial de la revolución fran- cesa, germen de la civilización moderna. No odiéis por ello á la religión, á la Igle- sia, ni al clero que dieron sus héroes res- pectivos á la empresa de aquella recon- quista del derecho humano y de la huma- na fraternidad.

Y como San Pablo se fué á cate- quizar á los gentiles, intentó él apos- tolar á los escépticos modernos sin reparar en el alboroto que habían de armar los judíos de Moisés y los ju- díos cristianos, monopolizadores de la herencia del *Pueblo de Dios*.

Protesta de los macabeos

—¿Qué pasará aquí?—dijeme.

Y púseme á esperar lo que dirían los judíos españoles que tienen por Mesías á Judas Macabeo.

Al día siguiente salió en el *Correo Español* á ocupar su columna magis- tral, un escritor satírico, siendo ya gran sátira el hecho de levantarse á contender con la espiritualísima y deli- cada figura de Aguilar, atado á la cordura y gravedad por sus cargos públicos, el escritor más desahogado y agresivo del carlismo.

Cirici Ventalló, á quien el público tenía por campeón del cinismo, to- mó la investidura de Patriarca, se hi- zo Verbo del catolicismo español, oráculo de la Iglesia nacional y arci- preste del clero, para desmentir al Sr. Aguilar con el acento y tono pro-

prios del polemista que nada va á per- der en la contienda, con quien todo lo va á perder con sólo admitirla. Y excomulgó de la Iglesia y degradó de las órdenes sagradas á aquellos cléri- gos que «como Muñoz Torrero y don Fernando de Castro», laboraron por la llamada causa liberal; y declaró que los genuinos representantes del cle- ro, de la Iglesia y de la religión, en la causa pública nacional, fueron única- mente «los clérigos Jerónimo Merino, Manterola, Caixal, Mateos Gago y Monescillo», «gloria del clero y del episcopado español» de quienes los otros fueron baldón y afrenta.

El pontífice sedicente carlista, no supo ó no quiso leer la carta de Agui- lar, y aun leyó en ella lo contrario de lo que se decía. Para él, la revo- lución francesa, fué simple y exclu- sivamente, la proclamación «del sa- grado derecho de la degollina, del sa- queo, del robo, del sacrilegio y del asesinato»; nada de lo cual ve con su ojo crítico el escritor en el actual movimiento germanófilo, para quien esas y otras atrocidades, incluso las de Armenia, son actos legítimos de guerra, justificados por la necesidad y heroicidad de una moral superior.

Y el satírico patriarca, que reclama para su partido, como tradición sagrada, el sagrado derecho del ase- sinato y del saqueo, rasga sus santas vestiduras bautismales por creer que el Sr. Aguilar los justifica en la revo- lución francesa, á la que los carlistas belicosos y montaraces habrían queri- do ver batallar en la conquista de su ideal, cantando aleluyas y echando confetti al despotismo.

La labor positiva, sustancial y de- finitiva de aquella revolución, madre, entre otras cosas, de la libertad que en un régimen contrario disfrutaban los carlistas para sus bravatas, escándalos, bullangas y alborotos, por cuya merced el propio escritor puede ha- cer lo que hace y escribir lo que es- cribe sin temor á la guillotina y al cepo; esa labor... no la ve el flaman- te patriarca, pero la disfruta.

Según lo cual, la «revolución triun- fante es compatible con el catolicis- mo carlista vencido: pero el catoli- cismo triunfante es incompatible en absoluto con los principios de *liber- tad, igualdad y fraternidad*, procla- mados y afianzados por la revolu- ción», y que los apologistas cristianos dicen hallarse fundados en la «más pura ortodoxia del Evangelio».

Protesta de los "fariseos"

En España, además de conservar- se pura y sin tacha la furiosa raza es- piritual de los «macabeos», tenemos en las tribus la escuela ó secta de los fariseos, nazarenos y santurrones, llamados vulgarmente integristas con uniforme de «místicos».

Después del belicoso *Correo Es- pañol*, era de esperar saliese con la suya el místico *Siglo Futuro*. Hecho

una novicia, el pobrecillo, se pasó dos días rebuscando la forma más malignamente benigna de atacar al Dr. Aguilar, y dió por fin con el se- creto.

«Una carta inconcebible» intituló su escrito. ¡Inconcebible!... El cui- tado, no concibe: no le cabe en su cabecita de novicia. ¡Pobrecito!, có- mo va á concebir siendo tan virgen y tan pudoroso?

El devoto del Corazón de Jesús, no necesitaría el contenido de la car- ta para volverse loco del escándalo, y taparse los ojos por no ver.

Como los fariseos «no concebían» que Cristo pudiese tratar con los pe- cadores sino para promiscua: en el pecado; ni que Pablo pudiese ir á tie- rras gentiles sino para gentilizar; y bastábales, para afirmar su sospecha de promiscuación, el verles departir amistosamente, sin insultarse ni echarse los trastos á la cabeza; así el integrista prorrumpa en fervorosa imprecación:

«Casi no damos crédito á lo que han visto nuestros ojos.

»*El País*, periódico sectario, enemigo declarado de la Iglesia católica. contra la que ha hecho siempre infames cam- pañas, publica ayer, alborozado y colmán- dola de elogios, una carta firmada por el canónigo doctoral, provisor de esta dió- cesis y presidente de la *Liga Nacional de Defensa del Clero*, D. Juan Aguilar, y dirigida á su querido amigo el director de *El País*, carta llena de espíritu libe- ral, como dice este periódico, por desgra- cia, con grandísima verdad.»

¿Se quiere más, para poder pedir la cabeza del Dr. Aguilar, y aun de León XIII ó de Benedicto XV, á quie- nes *El País* colmó de elogios en va- rias ocasiones?

¡Qué escándalo, santo cielo! ¡Que un enemigo de la Iglesia, aplaude á un «canónigo, provisor y presidente de la Liga del clero»... ¿Hase visto mayor escándalo? ¿Se necesita más para renegar de ambos y arrojarlos juntos á las llamas?

¿No prueba esto que Aguilar es cómplice de *El País* en todas sus he- rejías y blasfemias «infames» por no darles peor nombre?...

—Pero, ¡fariseos!.. No habéis lei- po en *El País*, mil alabanzas á Cris- to? Concluiréis de eso que Cristo es execrable, reo de muerte y culpable de escándalo?

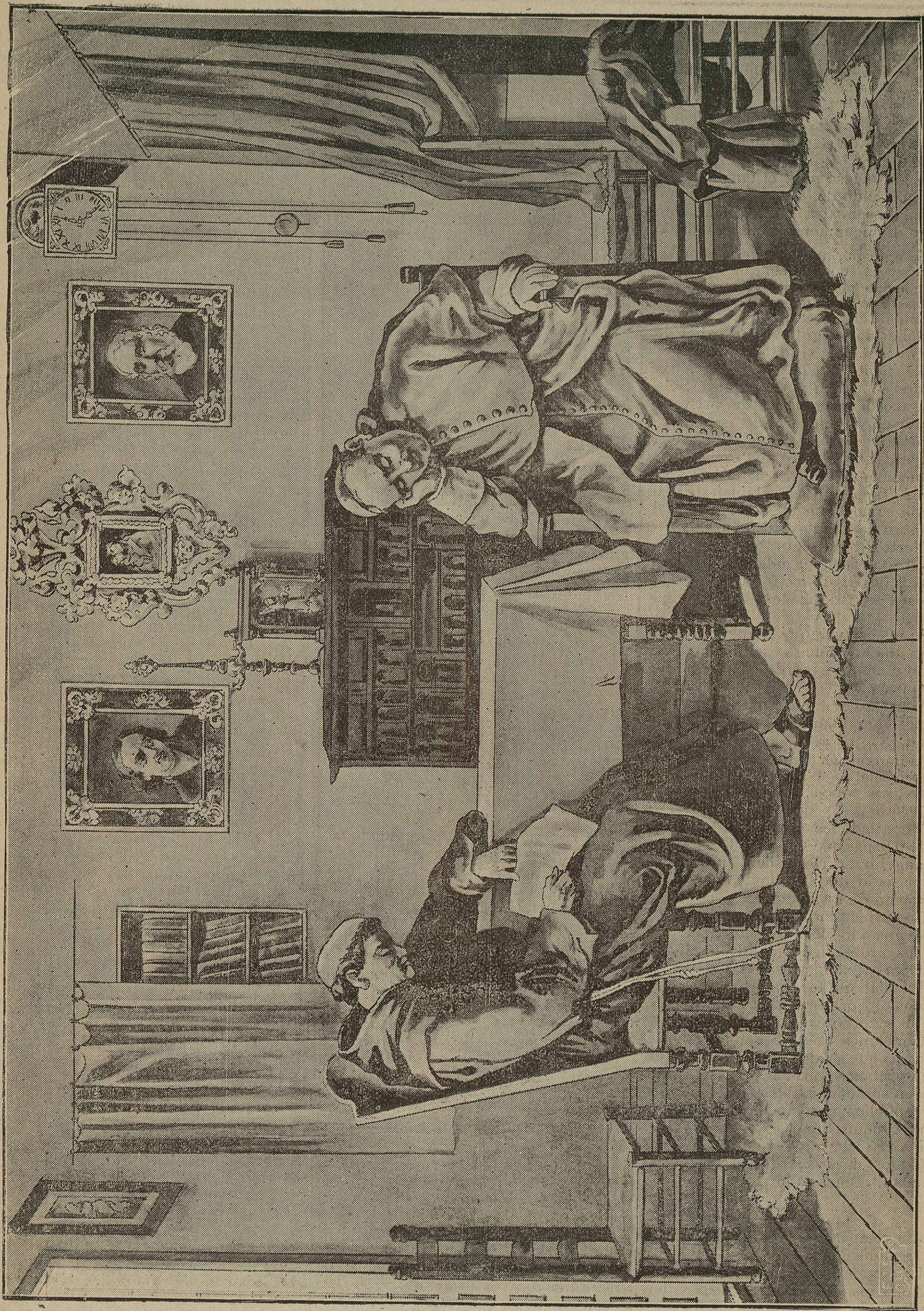
¿No trató El á gentes más perversas que los buenos chicos de *El País*, y no fué El quien dijo de los integris- tas y carlistas de Judea: «Hipócritas... las rameras y publicanos os precede- rán en el reino de Dios...»?

No había tal carta para el público

Tales andaban las cosas el día 31 de Diciembre.

—¿Qué va á pasar aquí?—seguíame diciendo. El día 1.º de Enero *El País* publicó un nuevo escrito del señor Aguilar, rechazando la publicidad de la carta y los comentarios que á ella se hicieron.

El Motín



Reposando tranquilamente después de haber contado los millones en valores que conservan en caja

En él se dice:

«Gran sorpresa me ha producido la noticia de una carta mía publicada en *El País*. Tal carta ha sido escrita por mí como de índole particular y no para ser publicada.»

Y á renglón seguido de esta declaración, el Sr. Aguilar, en vez de quejarse de suceso para él tan lamentable, acusando de falta la publicación hecha de su carta íntima, tiene este rasgo de inconmensurable grandeza:

«Comprendo, ahora, al verla impresa, que creyera equivocadamente mi respetable amigo el Sr. Castrovido, por ciertas frases de su texto, que era destinada á la publicidad.»

¡Soberbio rasgo! ¡Y más soberbio por su sencillez!

Ahí tiene *El Correo Español* explicado lo que él no se explica. Sólo el «sacerdote, ministro de Cristo y doctor en Teología», que así se conduce en sus actos, sólo él se explica que pueda escribir lo que escribe.

¡Inconcebible!—dirá con razón *El Siglo Futuro*.—¡Inconcebible! ¿Quién puede ya concebir tal «sacerdote, tal ministro de Cristo y tal teólogo?»

Cierto, ¡ciertísimo! Ni esos teólogos los fabrican las aulas, ni esos ministros de Cristo los forja la Iglesia, ni esos sacerdotes los funde la unión.

Se necesita algo más que todo eso.

Es mucho teólogo ese, mucho cristiano y mucho sacerdote... Demasiado quizás...

El propio señor Aguilar explica su disposición de ánimo:

«Ministro del Evangelio, magna Carta de la fraternidad humana, cuyo artículo fundamental es el amor á Dios como á Padre, y á todos los hombres como á hermanos...»

Demasiado es esto... ¿no es verdad. ¡Demasiado Cristo... Demasiado Evangelio... Demasiada religión... Demasiado hijo de Dios y demasiado hermano de los hombres!...

Con tales teorías, ¿qué sería de los teólogos á lo Merino y Galcerán; qué de los prebendados á lo Montaña y y Cubero, ministros del Cristo sin prebenda; qué de los provisos á lo Asensio, Torquemada y Lucero; qué de los sacerdotes á lo Borja y Caraffa?

Corazones que así sienten, inteligencias que así discurren, plumas que así escriben y varones que así se conducen son compatibles con cualquiera república; pero no son compatibles con la Inquisición.

Podrán ser muy religiosos, muy teólogos, muy sacerdotes, muy cristianos... Demasiado .. demasiado...

¿Es compatible el catolicismo con la república?

La respuesta se la dan al doctor Aguilar los católicos de oficio y beneficio.

Sus teorías le dicen que sí; la práctica le demuestra que no.

Entre dos barbaries

Ya hablaremos más despacio del fondo de la cuestión planteada por el doctor Aguilar á las derechas y á las izquierdas. Hoy comentamos solamente los hechos. Y los apuntados revelan ostensiblemente una propensión de los integristas y carlistas contra la autoridad eclesiástica, á quien en la persona del Vicario han exhibido precipitada y alborozadamente en el balcón de Pilatos tan pronto como han creído sorprenderle desnudo.

Este es el hecho público y notorio.

Podía la carta ser apócrifa; podía haber sido truncada ó mutilada; podía contener errores de pluma y de caja; por lo cual, aun tratándose de un enemigo reconocido, al aparecer su firma al pie de un documento grave y comprometedor, no debe pasarse á juzgarlo sin antes cerciorarse del hecho, de sus circunstancias y de sus móviles. Tratándose de un amigo y superior, este deber crece en proporción. Esto no se hizo.

Esos periódicos cayeron sobre el Sr. Aguilar con precipitación como si estuviesen en acecho; con obcecación, que les impidió ver este deber elemental y el camino de la prudencia rudimentaria: con obstinación tal y con tal alborozo, que, aceptando la crítica de *El Siglo Futuro* contra *El País*, pueda decirse quizás que, mayor alborozo que *El País* mostraba en publicar la carta, mostró el integrista en publicar su execración.

Mas, es el caso que ambos diarios se llaman católicos y sujetos á la previa censura de la Iglesia; y, ó bien mienten al hacer creer tal censura previa, ó realmente esos escritos fueron revisados por los teólogos censores.

En ambas hipótesis, el renuncio es grave. Pues, ó quedan desautorizados esos diarios y sin más garantía exterior que la que tiene *El Motín*: ó esos censores aprobaron el ataque á la autoridad de su jefe inmediato, contra todas las reglas elementales del buen juicio periodístico. Y en tal caso, puede temerse que en el precipitado ataque al Vicario, se manifestase no sólo la predisposición al cisma, sino un deseo arrebatado de producirlo ante el público.

Quos ego...

sed prestat motos componere fuetus

—¿Qué pasará aquí?—seguíame diciendo.

Y vino el día 2 *El Correo Español* publicando sobre la firma del señor Aguilar «una aclaración» de la famosa carta.

Esa aclaración, el autor tampoco se queja de los ataques de los diarios católicos: «comprendo se hayan alarmado: es muy natural», dice.

Al pie de la aclaración *El Correo Español* declara «complacer al respetable y virtuoso provisor de la dió-

cesis, para cuya representación eclesiástica siempre ha tenido los mayores respetos», y da por terminado «este lamentable asunto».

En parecidos términos se producen los demás periódicos.

La paz queda hecha en Israel.

Aparentemente cuando menos.

El cisma

Lo que precede había sido escrito para el número anterior de *El Motín* y fué retirado en vista de las aclaraciones publicadas en *El Debate*, *Universo* y *Correo Español*, tras los cuales dichos diarios declaraban terminado el incidente.

Mas el día 4, vino *El Siglo Futuro* del día 3, dedicando su primera plana á dar cuenta del fallecimiento de su antiguo santo-padre Sardá Salvany, y á enterrar en vida debajo del cadáver del amigo, á su enemigo señor Aguilar.

El diario nodedalista, siguiendo su bella tradición farisáica, censura al Sr. Aguilar por lo que dice, por lo que deja de decir, por la materialidad de lo que escribe, por su fondo, por su presunta intención, por el efecto que dice causa á sus gentes, por la forma de decirlo, por el lugar en que lo dice, por la persona de Castrovido de quien se vale para rectificar, por el tratamiento amistoso y cortés que le concede, porque *El País* comentó el primer escrito; porque no comentó el segundo publicado «como cualquier otro de colaboración»; por haber sido en forma de carta aquel, por no ir precedido de carta el otro; no admite las excusas de la índole privada de aquella, «cuya gravedad no se amengua por esta causa», ni la justifican los «móviles» de celo por la religión que dijo tener el autor, etc.

El diario rasga con alborozado dolor sus vestiduras, sollozando carcajadas y riendo sollozos; deplora amargamente el escándalo, y para probarlo copia refociladamente los escritos del llamado escándalo para que sus lectores le ayuden á escandalizarse y vean cuánta razón tiene el desdichado.

Todo ello lo hace el diario, con la modestia propia «de los fieles seglares, con aplauso de la Iglesia» «no para definir»; no con ánimo de «convertirse en pastor del rebaño, ni siquiera en zagal, sino simplemente servirle de perro para avisar con sus ladridos»; siempre, muy sumiso á la Iglesia y atento sólo á sus deberes de fiel seglar, de perro del rebaño y de respeto á la autoridad. A su decir tal es su intención purísima, su actitud correctísima y su simplicidad beatífica.

Mas, miremos directamente los hechos.

El diario, como católico de título, está sometido á la previa censura, de un teólogo nombrado por el obispo.

Este censor sabe muy bien que en-

tre las *notas del Indice* oficial de la Iglesia, hay las de injurias á las personas constituídas en autoridad, escandalosas, irreverentes, ofensivas á los oídos piadosos, y cismáticas ó tendientes al cisma.

El censor y los periodistas esos saben que el señor Aguilar ejerce autoridad legítima, y que como tal, forma parte integrante de la jerarquía, y que toda esta es herida al herir á parte de ella.

Ellos saben que los ataques virulentos á un Vicario general, no son lícitos á un fiel seglar, ni al perro del rebaño, como no le es lícito al perro ladrar y morder al pastor, clavándole los colmillos con la ferocidad demostrada por el diario: y por tanto, cuando el Sr. Aguilar hubiese realmente dado motivo á tales gritos, no debieron producirse sin antes informarse del legítimo pastor inmediato, único que tiene facultad para ordenar á los perros que ladren ó que callen.

¿Se ha hecho esto?—No.

Luego, si el Sr. Aguilar incurrió en error (al decir del diario), éste incurrió en delito por la forma y manera de combatirlo.

Si en los escritos del Vicario, al decir del integrista, hay olor, color ó sabor herético, en la conducta del diario hay hedor y tufo cismático.

La conducta del diario integrista no puede pasar sin correctivo, si la Iglesia no quiere entregar sus autoridades á merced de los «perros» que utilizan la condición de tales para alborotar la grey y para desollar á sus pastores.

El cisma está visible.

La grey católica está formada por la disciplina jerárquica. Dentro de ella, el Sr. Aguilar es pastor legítimo. Al echarse sobre él los «perros», éstos proceden por autoridad propia, anárquica y revolucionariamente, y entonces surge un caso de flagrante laicismo; ó proceden por inducción secreta de un superior también legítimo y entonces la jerarquía es la que está dividida; ó proceden por inducción de su pastor que maniobra desde fuera de la disciplina, y que va al asalto de la autoridad por la puerta falsa del escándalo, y entonces —dijolo Cristo—el tal es *fur et latro*.

Inútil es que los integristas intenten hacer creer al público su buena fe, con aquella misión que dicen creer tener, de *perros* del rebaño. El perro está puesto contra el lobo y no contra el pastor; y si *El Siglo Futuro* dice haber creído ver en el pastor al lobo disfrazado, cuando la certifica lo contrario, será por creerse con una misión fiscalizadora de los pastores y superior á éstos, y esta misión ¿quién se la ha dado? No el Espíritu Santo que obra por conducto de la Iglesia, pues ésto le tiene ordenada repetidas veces la sumisión á los pastores así sean díscolos, y

aun le ha reprendido duramente por ello.

Se le habrá dado otro espíritu.
Su-misión, es *insumisión*.

S. PEY ORDEIX

Cine clerical

¡Qué nacimiento!

—¿Con que las ocho de la mañana y ya de vuelta de la iglesia? Usted se va á matar en cuatro días, D.^a Julia.

—Hija, algún sacrificio se ha de hacer por Dios... Piense usted que estamos en el mes de Enero, consagrado al niño Jesús, y hay que pedirle que nazca en nuestros corazones por la fe.

—Y las buenas obras.

—¡Oh! Eso ya se sabe... Todas las mañanas á las siete hay en las Corazoneras una platiquita y el mes al niño Jesús, y como yo estoy todo el día tan amarrada á mi tiendecilla, pues no tengo más remedio que darme este madrugón... Y eso que desde Octubre no me quito el catarro de encima.

—¿Han puesto las monjas *nacimiento* este año?

—¡Digo! Una preciosidad; pero, ¿no lo ha visto usted?

—Hija, me cogen tan lejos las Corazoneras, que casi no pongo nunca los pies en ese convento.

—Pues no sabe lo que se ha perdido: era una verdadera monada; había montañas, ríos, figuras de movimiento, rebaños y unos pastores haciendo migas que echaban humo... Cosas de sor Dionisia, que es un diablejo para estas cosas. El día de Noche Buena, después de la misa del gallo, las monjas echaron la casa por la ventana. ¡Qué de cantar, de castañuelas, de panderetas y de yerrecillos! *Pase-mos* un rato delicioso.

—Pues si llega usted á ir á las Magdalenas como yo, si que lo acierta usted, pues allí tuvimos un nacimiento de verdad.

—No la entiendo á usted.

—Pues lo que usted oye: un nacimiento de verdad, casi, casi lo mismo que en Belén, con un niño de carne y todo.

—¡Ave María! Eso ya es demasiado... Siempre he dicho que á esas Magdalenas les falta un tornillo... Por supuesto, que como tienen de capellán á ese Padre Azogue, que es un trapisondista, son capaces de todo...

—No, hija; las pobrecitas monjas no tuvieron arte ni parte en nada. Verá usted lo que sucedió... Usted ya sabe que el demandadero tenía y tiene una sobrina coja que estuvo en el Buen Pastor; pues esta chica andaba malucha estos días, y era la encargada de cuidar el nacimiento, que lo ponen las monjas en el locutorio grande... El día de Noche Buena, después de la misa del gallo, se hacía allí la adoración del Niño; pues, hija, cuando estaba el locutorio lleno de gente y las monjas cantando villancicos dentro de la celosía, empieza la sobrina á mudar la color, á temblar y á ponerse como la grana... De pronto da un grito y exclama: «¡Ay, que nace!» El P. Azogue la cogió en los brazos, porque se caía á chorros la pobrecita. Y, hija, en menos de lo que se lo cuento á usted se oyó un lloriqueo, y entre D.^a Eulalia y la camarera de la Vir-

gen recogieron un chiquillo como un ternero.

—¡Válgame Dios!

—Excuso decir á usted la que se armó allí; las monjas corrieron la cortina, y se fueron despavoridas; el demandadero se quedó medio muerto, y en medio de un griterío inmenso fué llevada la chica á su cuarto. Nadie se acordó ya del otro niño de madera.

—Pero eso fué un milagro.

—Sí, un milagro del sacristán bizco... Ya lo han echado las monjas. Le digo á usted que para *nacimientos* el de las Magdalenas.

—Me ha dejado usted helada.

—¡Cosas de la vida, D.^a Julia!

FRAY GERUNDIO

La religión del Dios-Sol

II.—El calendario

Después de convertir al Sol en Dios, los sacerdotes hicieron creer que las estrellas eran dioses menores, y sus distintas magnitudes, las diferentes categorías (como si dijéramos, los diversos coros de ángeles).

Como observaron que cinco estrellas seguían distinto movimiento aparente que las demás, las juzgaron merecedoras de cultos especiales, semejantes á los que tributaban al Sol y á la Luna, y dieron nombres apropiados á los días que rendían culto á cada uno de dichos astros; así, llamaron *domingo* al día consagrado al Sol; *lunes*, al día de la Luna; *martes*, al de Marte; *miércoles*, al de Mercurio; *jueves*, al de Júpiter; *viernes*, al de Venus; y *sábado*, al de Saturno. Y puesto que el Sol era el Dios principal, hicieron festivo el domingo. Así quedó establecida la semana de siete días.

El Sol en su movimiento aparente alrededor de la Tierra recorre las doce constelaciones del Zodiaco en un año y por esta razón los adoradores del Sol dividieron el año en doce meses, de los que Marzo era el primero; Septiembre, el séptimo; Octubre, el octavo; Noviembre, el noveno; Diciembre, el décimo, y Febrero el último, y en los años bisieños añadían un día al último mes del año. Pero los fanáticos (que también los había en aquella religión) se empeñaron en que el año comenzase al celebrar la navidad, en vez de ser al empezar la primavera (ó *primera* estación del año), y se salieron con la suya. Desde entonces el año empezó en Enero en aquel país.

Los años se contaban á partir del nacimiento del Fuego, Hijo del Dios-Sol, pero no todos estaban conformes con este cómputo, y los sabios propusieron que el comienzo de la Era no fuese un hecho religioso, sino un hecho astronómico. Los sacerdotes, que en aquel país eran relativamente transigentes, después de varias discusiones accedieron al postulado de los sabios, y la Era empezó á contarse á partir del momento en que la estrella polar aparece más lejana del polo norte celeste.

Y ahora se me ocurre una reflexión. También nosotros contamos los años á partir de un hecho religioso: el nacimiento de Jesús, que para los cristianos es de gran importancia, pero no para los hebreos, los mahometanos, los budistas, los

librepensadores, etc., etc., muchos de los cuales ponen en duda que haya sucedido. ¿No sería mejor imitar á aquel antiguo pueblo y que el principio de la Era fuese un hecho astronómico, por ejemplo, el mismo hecho citado, basado en el movimiento aparente de la estrella polar?

El ciclo de este movimiento dura veinticinco mil años; es decir, doce mil quinientos para aproximarse al polo norte y otros doce mil quinientos para alejarse. Si tomamos como punto de partida el momento en que la estrella polar está más alejada, estaríamos ahora en el año doce mil trescientos. Es cierto que según la cronología católica apenas hace seis mil años que Adán vino al mundo, pero en cambio este cómputo tendrá la ventaja que podría ser aceptado por todos los hombres, cualquiera que fuese su religión.

F. R.

Suscripción para comprar libros de "El Motín"

Pesetas

Recibido en *El País*.

Una obrera, A. D. 1'00

Recibido en esta Administración:

Francisco Martín Guerrero (Ronda) 4'00

Simón Márquez (Sevilla) 2'00

Manuel Madueño, 1'00; Jerónimo Vega, 1'00; Juan Alba, 1'00; Rafael Rodríguez, 1'00; Julio Poblete, 1'00. (Todos de Montoro) 5'00

Ramón Isaach (Cabañal). 1'00

Francisco Paz (Haría-Lanzarote). 6'00

Eusebia Huarte (San Sebastián). 7'00

Miguel J. Alcrudo (Dr. Rich) 1'00; Venancio Sarriá, 2'00;

Un obrero, 0'25; José Perial, 1'00; Francisco Merino, 1'00; Juan Marco, 2'00;

R. N., 1'00; F. A., 1'00; Esperantista, 0'25; Nicolás Giménez, 2'00; Un dependiente anticlerical, 0'50; Un maestro anticlerical, 5'00;

Uno que mira á Oriente, 1'00; Tirso Barcos, 0'50; Un anticlerical, 0'25; Un ateo, 0'20; Ignacio Gamundi, 0'75

Un republicano del 1854, 2'00; Un liberal de Peñafior, 2'00; Otro obrero, 0'25; Salvador Marco, 2'00; José G. Benedicto, 2'00; Un suscriptor de EL MOTIN, 10'00; Pedro Losa, 0'50; Manuel Hernando, 1'00; Uno de Peñafior, 2'00; Republicanos de Utebo, 15'50; José Ayala, preso político, 2'00; Rafael Ayala, 1'00; Manuel Ayala, 1'00; Mariano Joven, 2'50; Benito Ferrer, 0'50; María Ayala, 1'00. (Todos de Zaragoza). 64'95

Francisco Lonca Peralta, 2'00; Pedro Pena Teixidó, 2'00; Antonio Pena Ibars, 2'00; Antonio Aije, 2'00; Antonio Albá Castellnou, 2'00; Ramón Peguero, 1'00; Gabriel Aresté, 1'00; Agustín Agostín, 1'00; Tomás Roigé, 0'50; Pedro Teixidó, 0'50; José Jove Ibars, 0'50; Francisco Peralta, 0'25; José Ibars, 0'50; Francisco Teixidó Latorre, 0'50; Ramón Jove, 0'50; Antonio Palau Puigvert, 0'25; Antonio Pena Monclus, 0'50; Pedro Baró, 0'50; Pablo Camí Miró, 0'50; Domingo Mesalles, 0'50; Gaspar Camí, 0'25; Antonio Lonca Peralta, 0'25; Pedro Agostín, 0'50; Gerónimo Roigé, 0'25; Antonio Tarragó, 0'25; Enrique Gili, 0'25; Antonio Puig, 0'25; Angel Plaza, 0'50; Francisco Teixidó Albá, 0'25; Pedro Mir, 0'50; Pablo Camí Mestre, 0'25; José Escoda, 0'25; Antonio Camí, 0'25; Miguel Baró, 0'50; Antonio Quer, 0'50; Juan Palau, 0'30; José Albá Castellnou, 0'25; José Plobins, 0'30; José Palau, 0'25; Francisco Castellnou, 0'25; Francisco Pardell, 0'50; Sociedad Fomento Republicano, 10'00. (Todos de Serós). 35'35

En *El Norte* de Bilbao.

Inocencio Monje, 0'50; Ramón Zamacona, 0'50; Juan Ochoa, 5'00; Adolfo Ríos, 0'25; Luciano Díez, 0'50; Ignacio Sastre, 0'50; Liborio Villalva, 0'10; Celestino Gracia, 0'20; José Arroyo, 0'50; Un músico, 0'15; Antonio Cenicerós, 0'25; Enrique Zorrilla, 0'10; Bernardino Otegui, 0'25; Nicolás González, 0'25; Agustín Gutiérrez, 0'25; Telesforo Aranguren, 0'25; Manrique Díaz, 0'25; Serafín Alonso, 0'25; Vicente López, 0'35; José Martínez, 0'50; Félix Bartolomé, 0'50; José Mondragón, 0'25; Antonio Sánchez Merino, 0'40; Leonardo Salinas, 0'25; Román Pérez de Nanclores, 0'50; Vicente López Gómez, 0'30; Julio Balado, 0'50; Ricardo Corral, 0'50; T. S. V., 0'50; Benjamín Jubindo, 0'25; Jenaro, Santamaría, 0'20; Antonio Eguidazu, 0'50; J. C., 0'25; F. F., 0'10; Un fotógrafo, 0'10; Elías Martínez, 0'50; Daniel Iglesias, 0'25; Uno, 0'25; Juan Benito, 0'25; Carmelo Lasuen, 0'25; Luis Vadillo, 0'25; Mariano Vicente, 0'50; Francisco

Martínez, 0'20; A. Alonso, 0'10; Andéchaga, 1'00; Gracia, 0'25; Mariano Mañas, 0'25; Simón Arrugaeta, 0'20; Leoncio Menéndez, 0'40; Vicente Paul, 0'10; Toribio Largo, 0'10; Maximino Gázquez, 0'10; Otro, 0'15; Asensio Garrido, 0'10; Ricardo Rioja, 0'20; Enrique Naclares, 0'25; Luis Calvo, 0'25; J. Garagoiti, 0'25; J. Arrugaeta, 0'50; J. del Río, 0'25; Luis Arnáez, 0'25; Félix Francés, 0'20; José Arrieta, 0'20; Pedro Sañudo, 0'40; Castor Ortéga, 0'25 24'20

Luis Bueno. 0'25

César Cruza. 0'20

Saluquiechea 0'25

Pedro Ruiz Gimeno. 0'30

Luis Arnáez. 0'15

Jesús Martínez.---Mariano Martínez.---Vicente López. (A 50 céts). 1'50

Tomás Hernández.---Cesáreo Dueñas. (A 1 pta). 2'00

Manuel Marroquín. 2'00

Jóvenes Bárbaros. 5'00

Fulgencio González. 0'25

Juan Bartolí (Calaceite). 5'00

Luis Garrido Penin (Rivero de Bande). 2'00

Fermin Domínguez Torres (San Pantaleón de Aras). 1'00

Joaquín Novoa, 2'00; Julio Medina, 2'00; José Martín, 2'00. (Todos de Vigo). 6'00

José Cabases (Aytona). 4'00

Ramón Varela, 1'00; Severino Alvarez, 1'00; Francisco Mata, 1'00; R. Fernández, 1'00; G. A., 1'00; Uno de tantos, 1'00; Angel García, 0'50. (Todos de Avilés). 6'50

Marcelo Navarro (Ampolla) 2'00

Rufo Povill (Aldover). 5'25

Centro Benéfico Republicano (San Vicente de la Sonsierra). 3'00

Pedro Verdaguer (Santa Coloma de Farnés). 6'00

Francisco Capurro (Barcelona). 2'00

Rafael García Assó (Zaragoza). 7'00

José Arregui (Alsasua). 4'20

Pedro Pascual (Villanueva y Geltrú). 9'00

Juan Hidalgo (Fernan-Núñez). 7'00

José Balaguer (Tortosa). 5'00

Adelardo Lucena (Cazalla). 1'00

Centro Republicano (Tolosa). 13'00

Indalecio Dávila (Rueda). 2'00

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

por José Nakens—2 pts.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID